1

233698

Mordiscos fe



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cts.

1

233698

47/1505198

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Mordiscos femeninos

I

—¡Más brillo a esas pecheras!

—No puedo más; me duele ya el brazo.

—¡Que te duela! ¡Maldita sea tu abuela! ¿No se la pones tiesa a don Sifón, siempre que él lo pide?

—Don Trifón: no vale a poner motes.

—Bien: don Trifón o don Tripón, da lo mismo. ¿Se la pones tiesa o no?

—¡El qué, caracoles!

—Se habla de pecheras; la pechera. Acabáramos.

—Tiesa y dura la quiere él: nada más la del fraque.

—Se dice y no se hace. Luego resulta que se van los parroquianos ricos y...

—¡Y a usté que más le dá!

—¡Insolentona! ¡Cómo «que más le da»! Le voy a decir a la señora Salvadora que te ponga de patitas en la calle.

—¡A mí! ¡Je, je! ¿Y a cuál?

R.3224122

el taller a horas extemporáneas el sargento Mazarrón del 4.° Montado de Artillería y el oficial 2.° del Ministerio de Hacienda, Policarpo Ruíz y dos o tres estudiantes de Derecho?

—Que no hay derecho, Rita.

—Peor pa usté, don titere.

—Yo de derecho soy y al derecho voy; pero repito que no hay derecho.

—¿Sobre qué cosa?

—Sobre lo que dicen de si se entienden usté y la Adelita, cuando andan solas por ahí, en la Moncloa o en el Parque del Oeste.

—O el otro, ¡so métome en todo!

—¡Que más quisiera éste que meter algo! —replicaba el segundo de los futuros leguleyos.

—Pa mí, que se limpie. Ni yo me entiendo con la Adela, que no hace más que una semana que nos conocemos de acá del taller y aunque se nos critica que nos demos besos chupaos y nos sobemos en los senos y donde nos dé la gana, a nadie tendríamos que dar cuenta, ¿estamos?

—¡Bien, salada! No es para tanto,

—Es que Adelita pa mí tiene los andares mucho más castizos que usté, don finolis; y que ese otro compañerito de aula a quien sólo le falta una letra más...

—¡Una *eme* para ser un maula! Ya habia caído en ello. ¡Olé las planchadoras chistosas!

—Porque se puede, so lila.

—¡Pa mí que nieva, nena!

—Pues pa mí, que quema.

—¿Quién? ¿De dónde?

—Quema con su lengua de fuego esa mocita... según dicen los que la han probado. ¿De dónde? De todas partes, de arriba, de abajo...

—Y de en medio ¿no, negrura vespertina?...

—¡Mono!

—¿Plano?... Al revés de usté que está que asusta de curvilínea y de ebúrnea. ¡Ay! quien pudiera hincarte un diente en esa preciosidad de «coquito».

—Yo no soy la Chelito, pa eso. Vaya, abur, y diversionarse y aquí ya os hemos visto *de* venir, señoritos de pan pringao.

II

Las invitaciones para el baile de máscaras en «La Paloma», sociedad de las más decentes de Madrid; pero que sabían divertirse con equidad y aseo, se las había en-

tragado el propio don Trifón en persona, al salir aquella noche del trabajo.

—¿Iréis con disfraces?

—Naturaca, don Sifón.

—Llámame como quieras.,. pero déjame sobarte, que es lo que más me agrada, en esas caderas tan retozonas y tan provocativas.

—Tó es mío.

—Ya lo supongo, y yo quisiera decir lo propio.

—Esta irá de organillero, ¿verdad Rita?

—A mí me es igual: con tal que vayamos juntas.

Y la besó tierna y excitada en ambos ojos que Rita cerraba apropósito.

—Pero ¿a qué detenerse chiquillas?... ¡Para besaros!...

La detención fué debida a un impulso súbito de Adela de un repaso general en el soberbio cuerpo de su compañera.

La iba diciendo cosas en el oído.

¿Qué cosas serían aquellas? ¿Picantes, diabólicas o inocentes? Todo menos lo último a juzgar por lo que se entretenía la puntita de la lengua de la voluntariosa Adela en el pabellón auricular de la otra.

Esta, la pasó una mano por la grupa apretándose ambos vientrecillos que debían ser de un sabroso desundo, y restregándose ambos torsos con un supremo movimiento de impaciente lubricidad.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Cómo se pone la cosa!

Ellas, que habían penetrado por un portal bastante oscuro, ni hacían caso del solterón ¡pobre hombre! Seguían achuchándose, como si le tomaran gusto a la cosa.

—¿Me querrás monina?... ¡Cómo debes tener el cuerpo de bonito y reluciente! Te lo vestiré todo el de besitos en cuanto te pille desnuda.

Rita, con una pasividad muy propia de su temperamento linfático, callaba como una estatua; bella estatua y morbosa, sin duda, pero estatua al fin; en contra posición con los sentimientos fogosamente lésbicos que animaban a Adela; toda ella vibrante y sobreexcitada de admiración y «querencia», que no cariño por la compañera.

—Vamos a entrar en esa lechería ¿Queréis nenas? Os convido a natilla o a lo que gustéis.

—Vamos, Trifoncillo y no te enojes con nosotras ¿eh?

—Yo enojarme!... ¡Quiá! ni por asomo!,.. Si me complacen y me deleitan a mí precisamente vuestras expansiones propias de chiquillas.

—Es que ésta me confía sus amores—

explicaba Adelita, desmintiendo sus palabras con lo encendido y picaresco de sus miradas que se cruzaban entre ella y Rita.

—¡Ya, ya! Me consta que un sargento de Artillería la quiso violar dentro de un coche de punto ¿es eso? ¡Bah!.,. Cosas de la edad. ¡Hola! Ya hemos llegado. «Lechería Naval». ¡Qué raro! Vendrán aquí muchos marinos... de agua dulce del estanque del Retiro, con seguridad.

—No es eso—replicó Rita (que conocía al dueño)—¡es que como la leche esa se la traen exclusivamente del pueblo de las Navas del Rey! pues el hombre ha puesto «naval» en la fachada.

A todo ollo ya habían traído unos platos de rica natilla para las dos muchachas y leche merengada para don Trifón.

—¡Ven! Siéntate aquí, en mi regazo, que tengo frío y me vas a servir de chubesky.

—¿Yo chubeski? ¡Pa chaski!

Complacido, sonreía el buen viejo y no estrañaba ni un instante lo muy apelotonadas que seguían ambas compañeras de taller.

—Los amores de ésta—y la sobaba un pezón con dos dedos en tanto hablaba—han sido tan desgraciados como cachondos ¿verdad tú?

—E... e... eso, eso es ¡cachondos y desgra... cia... dos! Como que mi novio de Torrelodones me dejó plantada en seco.

—¿Plantada?... Pues ya te habría regado antes la planta, digo yo!

—Me dejó, para ir a capear por esos pueblos, el maldito.

En tanto que hablaban, Adela llenaba por completo con su ampuloso volumen, el regazo de Rita, a quién súbitamente se le calentó la sangre y empezó a recorrer con sus labios de brasa la seductora nuca que tenia a su alcalce, y le propinaba en tanto ciertos morbosos tecleos digitales entre ambos rollizos muslos, en su parte superior.

—¡El mal... dito!—repetia balbuceando, sin fijarse en lo que decía; ni teniendo dichas más que mentiras, sólo para despistar a don Trifón.

—¿Sabes chiquilla, que en el baile de la «Paloma» vais a hacer furor? ¿Y de qué váis a vestiros? si puede saberse.

—Yo: ya lo tengo pensado—dijo decidida, Adela.—De joquey. Me gusta hacer rabiar a los hombre que me ven, me admiran y me desean, embutida en las mallas blancas, guapeando mis muslos duros y esculturales—como dice muy bien el sargentillo ese que corteja.

—¡Ay! Si con estos muslos tan llenitos,

tan turgentes, vas a tener que dar números a los muchos que querrán cerciorarse de que todo es tuyo. ¿Y tú, Ritita, bonita? Los tienes así también; tan retadores y tan...

Ahora le tocaba la vez a Rita el ser sobada y repasada, por las aventureras manos del solterón.

—Los tengo tan cachondos como ella. ¡Ay! ¡ay! ¿Usté no, don Sifón? Ella; ella, que lo diga ella. ¿Verdad reina, que son cómo los tuyos? (Aquí en voz baja, agregó, aproximando sus lindos labios al oído de la otra).—«¿Y ardiendo en deseos de que con los míos jueguen y luchemos a quien se excita más, adorada?»

El rubor hacía asomar el pavo al rostro picaresco y gracioso de Rita. Menudeaban los besuqueos: dabanse cucharaditas de natilla una a otra de su plato respectivo, poníanse natilla en las mejillas, mutuamente, en el cuello, y los chupaban después en larga absorción lésbica, desesperada, de ansias lúbricas y de anhelos no satisfechos.

Como vermouth, el plato fuerte de concederse, recíprocamente, de sus encantos carnales e íntimos, que aún no habían probado, no estuvo mal del todo.

Don Trifón que de nada se asombraba,

halló muy naturales y en su punto aquellas expansiones y jugarretas.

—¡Anda la natilla! Mira quien llega, rica.

—¡Felipe! ¡primito!

—Hola pequeña. Yo ya he visto a través de los cristales que os queréis con entusiasmo ¿os amáis mucho verdad? Os deseáis inclusive, ¿no es eso preciosas?

—¡Rediez!—repuso Adela — si estarás celoso de dos mujeres... Vamos, Felipín; mal sujeto, quítame este poquito de natilla que me queda. ¡Vaya. hombre!

—Que te lo quite esa... Yo huelo a tabaco.

—Primito... no seas tan súbito con tu novia... Hay que tener *pedrominio*, que dicen en los sainetes. ¡Alza! ¡quítate eso!... Te lo ordeno: Felipe el hermoso a besar a su Juanita la loca...

Retozóle la risa a Felipe, que no pudo seguir aguantando el papel de celosote y despechado: porque ante sus desdenes con el, Adela su novia compensábase con creces con las salidas de tono y las cucamonas que le hacía siempre su prima. A poco salieron los cuatro de la lechería, jugueteando y riendo como los mejores camaradas del mundo.

III

—¿Bailas este chotis, jokey?

—Me se caen los pantoles y no voy a poder.

—Guasa viva... A mí si que se me cae el alma cuando veo por tu posterior que eres una de las grupas más formidables de la «Paloma» y aún de todos los palomares de la villa.

—Házmelo bueno y convídanos, a aquel organillero que allí anda junto a la farola y a mí a unos bocadillos y a chacolí.

—¡Por convidadas!... Y a mucha de la honra, epopeya carnavalina!

El chotis marcáronlo las dos amiguitas, tan íntimas, tan apelmazadas una en otra; tan en rico y sabroso contacto sus epidermis mútuas como sns manos en contracción violenta en sus respectivos dorsos.

Los muslos oprimídos con contacto delirante de goces comprimidos, los rostros rozándose. los alientos confundidos, y los ojos de Rita embebidos de cariño sáfico, atracción inefable que emergía dé las magníficas pupilas de Adela. convertida en castizo y muy propio organillero.

—Yo si que te metería a tí música sorda ¡chachita!



—Embustera.,. Digo, embustero? organillero ful.

—No me lo dirías dos veces, allí dentro.

—¿Dónde? ¿En la cocina?

—No, sino en el tocado,... ¡Anda vamos allá: ahora no habrá nadie y te tendré toda ¡mía, mía!

—La mía será, si tú gozas con qucrerme, perversa.

—Más que en la gloria de los angelitos.

—Apriétame más; que todo tengo que hacérmelo yo. Estos muslos y unos que te buscan; que choquen y se diviertan también ellos, jugando a la gimnasia rítmica. ¡Oh! ¡Cómo me encalabrinas!...

—Que nos miran, ne... ni.,. ta; no me beses así; que van a suponer...

—Suponer lo que realmente es, no es malo.., Suponer que andamos camelándonos con fatiguitas y que antes de mucho, esta misma madrugada yo voy a saber el gusto que tienen tus licores sobrantes... esos que tienes en la despensa de tu casa. ¡hazte un nudo en el pañuelo, que no se te olvide, organillero!

—¡Jokey! Jokey!... Que me derrites, me matas con tus ojos de lumbe!... Gracias a Dios... Ya se acabó el chotis.

—Justamente ¡allá vá!... Que nos está llamando con la mano ese posma de antes.

Hay que ir: sacarle la convidada y luego auhecar el ala como si tal cosa.

Después de saborear en compañía del galán y de otras dos mascaritas más unos emparedados, bocadillos, dulces y de rociarlo todo con chacoli del mejor, pasaron nuestas lésbicas al tocador, el cual cerraron por dentro.

—¿Ves cómo se arregla eso? ¡Aquí no entra ni Espartero con su caballo! Bésame ahora un rato largo... ¡Así! ¡así!... ¡Que gustito!...

—Bájate tú la blusilla. que lo vea todo, hasta el talle.

—¡Vas a saborear un pechito de jokey, hembra! Te epsero. ¡Ya está!

Al pronunciar «¡ya está!» fuera los engorros de la blusa de satén a grandes franjas verdes y anaranjadas, quitada la gorrilla y destrenzado el moño, quedaban al aire los lindos limones, con sus botoncillos ricos como fresas tempranas y maduras.

—¡Chupa aquí, cielo!

Obedeció el organillero,o sea Adela. Deleitábase conservando entre sus labios ambos sabrosos fresones, uno después de otro.

La mano de Rita, inquieta, por entre la guayabera que llevaba a medio abrochar, sobaba los pechos de la otra con verdadero

primor. No se movían pero se adivinaban. A poco los cuatro globos, de mansa carne estuvieron en contacto, como si telefonearan con el propio paraíso del amor.

A todo ello la mano, siempre impaciente de Adela, más voluntariosa más impulsiva y sensual aligeraba de estorbos el bello cuerpo de su tribada ,o que iba a serlo

—¿Ves cómo ya se mezclan?... Apriétate más! ¡Oprímeme!

—Deja, que esta pierna la tengo mal.

—Colócate como gustes, pero no separes ese estuchito de perlas de tu boca; quiero empapar tus labios con mi sangrecita: y así tendras un recuerdo húmedo.

—¡Tu pelo! ¡Qué abundante, pequeña!

—Me llamas «qequeña» como mi novio, ¿eh?

—¡Ojo con eso! Aquí no hay más novio que yo; de lo contrario no le doy más al manubrio y salgo de naja para el nuevo mundo

—Que más nuevo mundo que éste que vas sobándome ahora, ¡sobona mía!... ¡Tus labios. rica! ¡Dieciócho, veinte, veinte mil!

—¿Nada acabas de contar?

A todo ello se habían tumbado una sobre otra; ¿cuál tenía más desarrollado el mapa mundi?

¿Cuál de las dos llegó antes al nuevo

mundo de la compañera?... ¿Cuál de ellas se fué antes al monte... en busca de consuelos?...

Ya comprenderás que no me refiero precisamente al Monte Piedad... Ni al monte del Pardo. Hay muchos montes, sin los mentados o que Cupido y su madre la diosa consabida de los amores han concedido especiales encantos y privilegios.

El caso es que media hora más tarde, don Trifón, el complaciente vejete, extrañado de la ausencia de sus íntimas amiguitas, y viendo por otra parte, ciertas sombras sospechosas a través de los cristales opacos de las puertas del gabinete tocador, llamó a ellos con los nudillos.

—¿Quién? ¡no se puede!...

—¡Qué estais haciendo ahí! Sois vosotras ¿eh, Rita, Adelita? ¿No comprendéis que sin vosotras no puedo pasarme?

Abrieron: su indumentaria a medio abrochar nada más, delataba de sobra, sus estragos íntimos y pecaminosos.

—Estamos con nuestra tortita, hijo.

—Sí; una tortita que nos sobró, allá en el bufete.

—¡Caray, que vientrecillos tan retumbantes!... Y que ojos tan cansados tenéis. ¿Os gustan mucho las tortas, cuando tanto rato empleais por consumir un par de

ellas?

—¡Con delirio!

—¡Calla tú, delirio mío! ¡Un beso! El último... Digo, los diez últimos!

Al fin don Sifón—como ellas le llamaban,—cayóse de su burro y comprendiendo lo inevitable: se trataba de dos lésbicas; dos gozadoras; dos invertidas, en fin. Y concluyó, irónico:

—Vamos, hijas, que es tarde... Supongo que ahora iréis juntas a acostaros.

—¡Y en la misma cama!...

IV

«Bebé, adorado. Ya sabía yo que no podían durar nuestras calaveradas. Tu primo Felipín y vo somos incompatibles o incombustibles o como se llame. Ayer me quiso solfear, con sus propias pecadoras manos, y me llamó «golfilla», «sáfica» y «tortera»; y para convencerme más, me decía:—Te voy a hartar de tortas, pero de las mías.

—Las tuyas son de clase muy ordinaria. Las que comemos entre Rita y yo, a boca que pides, nos saben a repique de gloria.

—Yo sí que te repicaré; pero en tus nalgas—replicaba tu primo, exaltándose por

momentos.

En fin que tuvo que consolarse tocándole una tocata de las mías en su propio pito; pito de reglamento que, según él se lo regaló un sereno (sin que yo sepa que su padre haya sido sereno nunca y por eso no me lo explico). Tu primito, pues, ha empezado a tomarme ojeriza de una conformidad alarmante para mí... ¿Dormiremos hoy juntitas por cuarta o quinta vez? Te traerás aquel juego nuevo. Así lo espero con larga impaciencia. ¡Tuya! Retuya que te muerde el labio super.—Adela.»

***

La anterior cartita, que arde en un candil como se ve, obtuvo la siguiente respuesta, por el interior:

«Ojitos míos: ¿quién te quiere a ti, cachondilla de mi alma? Tú no le hagas el más mínimo caso a mi primo Felipín. Nada; nosotras, somos nosotras y tú de sus cosas, como si fuera entre la Cibeles y la estatua de Cascorro, otro estatuado más.

Yo no sé lo que tendrá tu cuerpecillo serrano que me tira y me contratira, más que las planchas. Y a propósito: Felipe y don Sifón, se han tirado ya dos en lo que va de mes. La primera del primero conmigo: que al invitarme para ir a los

Viveros el domingo antepasado, ¡palabras! yo que me voy contigo al campo, a gozar de las delicias de nuestra casita del guarda pues es tan complaciente, y ¡plancha primera! La otra ya la podrás suponer. El bueno de don Sifón, ése que cuando habla sopla, y por eso le llamamos «sifón», don pelmazo (corrijo lo de Sifón, ahora) va y me dice—«Que estoy dislocado por tus caderas, y tu ombliguito gracioso, menuda planchadorcita ¡ea! cuando vas a plancharte conmigo un colchón siquiera.

—Pregúntele usted a ella, don Trifón.

—¿Cómo á ella? ¿A quién?

—A mi administradora... A Adelita, mi compañera de cama.

—¿Y no te avergüenzas de confesar eso?

—¿Yo pa qué, si es tan dulce y tan sabrosa mi Adelita!... Hubieras tenido que verle a don Sifón tan sulfuroso, tan sulfúrico como un sifón de verdad, cuando cae en el vaso y está al final de la botella. Pero, no te preocupes, que ya he vuelto a encontrármele, ayer tarde precisamente y de nuestro palique, va a resultar un acontecimiento descacharrante, a fe de Rita Penagos, que nos vamos a divertir. Figúrate: le he dado a entender que le permitiríamos asistir a una de nuestras sesiones de cine íntimo y primoroso en nuestra

propia alcoba; y ya se le cae la baba al viejo sátiro, como si nos viera ya y se relamiera ante nuestros encantos al natural, fregoteándonos los tuyos con los míos en el viceversa que tantas veces nos hemos propinado... Te reirás como yo, de que el vegestorio ese—al fin es un buen hombre, pues nos colma con sus regalos y presentes a todas horas—se trague la partida y crea que le dejaremos ver y tocar en nuestro «gineceo»—como le llama él y no sé lo que será, como no sea nuestra propia y picante alcoba donde nos atosigamos, donde nos gozamos y donde quisiera estar en este momento entre tus brazos tu ardiente apasionada y cachondíbilis.—*Rita.*»

V

¿Llegaron a la ruptura Adela y Felipín su novio de días de labor? No por cierto; era mucha mujercita Adela, para que se prestara a verse dominada por un tontolín cualquiera, siendo ella de carácter dominador e impulsivo.

Tanto es así que la noche que llegaron don Trifón y Felipe al cuarto tercero en la calle del Pez que ocupaban Adela y Ri-

ta, cuando dormían juntas (y aquél era un sábado, *día de moda* para Lesbo y Safo), procuraban no levantar ruido, ya al subir la escalera.

Abrió don Trifón, sigiloso (pues poseía una llave del pisito) y de puntillas, seguido de Felipín encaminaronse al comedor donde vieron a la criada Quiteria.

—¿Qué hay, Quiteria?

—¡Ah! Es usted don Trifón! Nada que allá, en su alcoba está la Adelita leyendo.

—¿Pero sola?

—Hasta ahora, sí. Dice que espera a un pariente de su pueblo que le trae unos chorizos ahumados.

—Conque ahumados ¿eh?—exclamó Felipe, a quien despertábansele sus picaduras celosas.—Ya le bajaré yo los humos esos y en cuanto a los chorizos...

Quiteria indicó con el dedo guardaran silencio. Alguien penetraba en el piso, sigilosamente:—«¡Otro que tiene la llave!—pensó don Trifón—¡Será aprovechadilla la muchacha! ¡Digo yo!»

En efecto, después que se hubieron aproximado lo posible a la salita, ante-alcoba que ocupaba Adela, medio ocultáronse en un cuarto obscuro, donde había una mampara recubierta con un lienzo blanco, por que podían transparentarse las figuras; percibirse por completo cuantas conversaciones allá se sostuvieran. Luego, prestaron atento oído.

—¡Adelina! ¡Chiquía!... Que regordeta te encuentro. M'alegro tanto. ¡Recontra y que muslazos!—Y se los golpeaba el recién venido, cuyo acento baturro saltaba a la vista.

—¡Mañico! Qué bueno vienes, ¡Y gordo! Besa, bésame; no te preocupes, que no nos sorprenderá persona viviente.

Y los besos mutuos menudeaban que era una bendición.

En el lienzo de la puertecilla de la habitación mencionada, don Trifón y Felipe veían proyectarse el grupo constituido por los dos íntimos parientes (¡y tan íntimos!), Adelita y el primo.

Aproximáronse al lecho; un lecho matrimonial sencillo y amplio. Sobre él veíanse dos bultos, uno en brazos del otro.

Quiteria dió vuelta al conmutador eléctrico.

—¡Zapateta!... Allí no había hombre alguno; ni pariente ni nada!

—¡Estas son las ropas que llevaba el pariente! ¡Justo! Y aquí están su cesta y sus botas. No son botas; son botinas de mujer. Ni el 37 calza este pie. ¡Pues no lo entiendo, repoño!--exclamó aturdido don Trifón.

Quiteria explicó todo; una simple chuscada, una trola, muy propia de muchachas jóvenes. Rita se había disfrazado con ropas de un hermano suyo casi de su edad y siendo sábado, en que se estaban gozando de lo lindo y estaban ahora completamente rendidas por el sueño eran las dos compañeras de taller; sin intervención alguna de sexo fuerte.

Felipe quedó convencido y casi contento de que el bromazo aquél no tuviera ulteriores consecuencias Don Trifón acabó por reirse, con el lance y a poco despertaban a las nenas lésbicas y todos celebraban la ocurrencia, alegres y satisfechos.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 15 CTS.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires